

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.

Un mes.....	6 rs.
Tres meses.....	16
Seis idem.....	30

PROVINCIAS.

Semestre.....	36
Un año.....	70

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un año.....	90 rs.
-------------	--------



CIENTIFICA, COMERCIAL, ARTISTICA Y LITERARIA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.

En la Administración, Montera, 11, principal derecha,
y en todas las librerías.

PROVINCIAS, ULTRAMAR
Y EXTRANJERO.

En casa de los correspondientes, 6 dirigiéndose directa-
mente a esta Administración en carta certificada.

No se servirá suscripción cuyo pago no se haya anticipado.

COLABORADORES.

Armijo de Cuesta (doña Robustiana).
Señorita García Balmaseda (doña Joaquina).
Señorita Gassó y Ortiz (doña Blanca).
Señorita Gassó (doña Leopolda).
Ratazzi (Madame).
Saez de Melgar (doña Faustina).
Sinués de Marco (doña María del Pilar).
Albareda (D. José Luis).
Alcalde Valladares (D. Antonio).
Anton Ramirez (D. Braulio).
Balacart (D. Daniel).
Balaguer (D. Víctor).
Ballesteros (D. Pío).
Borrego (D. Andrés).
Calavia (D. Mariano).
Calderon Llanes (D. José).

Campoamor (D. Ramon).
Castelar (D. Emilio).
Cardaño (D. Primitivo Andrés).
Cortés y Morales (D. Balbino).
Cubas y Fernandez (D. Gabriel de).
Escosura (D. Patricio).
Fernandez y Gonzalez (D. Modesto).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fuentes (D. José).
Galdo (D. Manuel María).
Gil de Santibañez (D. Arturo).
Gris Picon (D. Mariano).
Gonzalez (D. Venancio).
Gonzalez Fiori (D. Joaquín).
Herreros de Tejada (D. Feliciano).
Lobo y Ortega (D. Antonio).

Lon (D. Emilio).
Linares Rivas (D. Aureliano).
Martin de Olías (D. Joaquín).
Martínez (D. Cándido).
Mansa y Sanguinetti (D. Carlos).
Mansi (D. Angel).
Montalvo (D. Tomás Andrés).
Moya (D. Francisco Javier de).
Nuñez de Arce (D. Gaspar).
Pina Dominguez (D. Mariano).
Peñuelas (D. Lino).
Pleza y Claramunt (D. José).
Pons y Montells (D. Federico).
Rascon (Sr. Conde de).
Ribó (D. José Joaquín).
Rodriguez Correa (D. Ramon).

Rodriguez Villa (D. Antonio).
Romero Ortiz (D. Antonio).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Ruiz del Cerro (D. Juan).
Rute (D. Luis).
Sagasta (D. Práxedes Mateo).
San Javier (Sr. Vizconde de).
San Martín (D. Antonio).
Santana (D. Enrique).
Sanchez Escandon (D. Manuel).
Sanchez Perez (D. Antonio).
Solsona (D. Conrado).
Tejon y Rodriguez (D. Juan).
Valera (D. Juan).
Velazquez y Sanchez (D. José).
Zorrilla (D. José).

Redactores: D. Ramon García Sanchez.—D. Eduardo Santana.—D. Eduardo S. Fuentes.—D. Joaquin Dominguez Blanco.

Director: D. JOSÉ MARÍA ARROYO Y COBO.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL, por R. G. S.—EL EMPRÉSTITO ERLANGER, por P. A. C.—BREVES APUNTES SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE, por D. J. Dominguez Blanco. ESTUDIOS ARTÍSTICOS: (Le-Sueur), por el Conde de Fabrauer.—LA AUSENCIA, por Conrado Solsona.—VARIEDADES..... por X.—A LA MEMORIA DE JULIAN ROMBA (soneto), por el Ilmo. Sr. D. Manuel Sanchez Escandon y Morquecho.—RESEÑA TEATRAL, por Eduardo S. Fuentes.—ADVERTENCIA.—ANUNCIOS.

CRÓNICA GENERAL.

Tan escasas novedades han ocurrido durante la semana última, que no sabemos, dicho sea en verdad, cómo cumplir el compromiso que contraído tenemos con nuestros lectores.

Sigue la crisis monetaria perjudicando notablemente los intereses del comercio, y sigue ofreciendo grandísimas dificultades el cambio de billetes.

La verdad es que esta cuestión es de suyo gravísima, y que ciertamente, forzoso es confesarlo, no es la culpa del Banco de España.

De salones y teatros poco nuevo podemos decir; unos y otros han permanecido viviendo solamente de sus recuerdos.

Unicamente ha sido digna de notarse la reunion celebrada en casa del ex-ministro y eminente literato Sr. Balaguer, de distinguidos escritores y en la cual el Sr. Ros de Olano ha dado lectura, en medio de la aprobacion general, á su última obra *Galatea*, de la cual hemos oido los mayores elogios.

Otra velada literaria ha tenido lugar en la morada del Sr. Cánovas del Castillo, á la que han concurrido, segun nos dicen, sus amigos íntimos. Pero el acontecimiento de la semana ha sido la inauguracion del teatro recientemente construido en el precioso *hotel* de la duquesa de Híjar, tan excelente actriz como aristocrática dama.

Y mientras esto tenía lugar, cuando los primeros rayos del sol anunciaban el

nuevo día á los ilustres actores, que celebraban sus triunfos saboreando los manjares de exquisita *cena desquino*, un pobre mortal pensaba acaso en despedirse del mundo, y á las pocas horas, en el paseo de Recoletos, y recostado sobre un banco, yacía un hombre, al parecer dormido.

¡Era un suicida!

Compadezcamos al misero que tan poco valor tiene para correr los azares de la vida.

Fuera de esto, nada digno de mencion podemos comunicar á nuestros abonados, como no sean las gratas impresiones que por el último correo de Cuba hemos recibido.

La guerra allí ha tomado un nuevo carácter, gracias á la acertada direccion de los generales que se hallan al frente de nuestro valiente y sufrido ejército y á los nobles esfuerzos que vienen haciendo todas las clases sociales de aquella rica Antilla. Las últimas noticias recibidas, despues de acusar grandes ventajas obtenidas sobre los rebeldes, particularmente en el territorio de las *Cinco Villas*, anuncian la próxima pacificación de la isla.

Y puesto que de esto tratamos, nos parece ocioso hacer constar que si de política nos fuera permitido tratar, declararíamos, desde luego, que en esta cuestión de puro españolismo, de dignidad y amor patrio nosotros estaríamos constantemente al lado de este Gobierno, como de cualquier otro, para sacar incólume la honrosa enseña que nos legaron nuestros padres.

Para concluir, damos las gracias á la prensa de Madrid, que tan perfectamente ha acogido nuestra modesta publicacion, y se las damos particularmente muy cumplidas á *La Correspondencia de España* por las lisonjeras frases que nos ha dedicado.

R. G. S.

EMPRÉSTITO ERLANGER.

Pesa sobre el Ayuntamiento de Madrid una gravísima obligacion que absorbe gran parte de sus recursos y le trae además envuelto en cuestiones litigiosas, siempre perjudiciales cuando tienen por objeto el anular ó rescindir compromisos anteriormente contraídos. Nos referimos al empréstito municipal levantado por la villa de Madrid en Diciembre de 1868 por medio de la casa de banca de los Sres. Erlanger y compañía de París, de cuyo empréstito se ha de ocupar indudablemente la nueva corporacion, sea para aceptar, sea para desear los actos llevados á cabo por el Ayuntamiento saliente, si es que esos actos comprometen de alguna manera, no ya el buen nombre de los concejales que los realizaron, sino el crédito del Municipio, que es cosa mucho mas importante.

No se habrá olvidado por quien en Madrid viva que entre su Ayuntamiento y cierto banquero llamado D. Emilio Erlanger se pactó el modo y forma de llevar á efecto el tal empréstito, consistente en 76 millones de reales, que se debían entregar en determinados plazos, como se realizó la mayor parte de la suma al llegar los respectivos vencimientos.

Estos vencimientos se escalonaron desde 31 de Diciembre de 1868, fecha del primero, hasta 31 de Marzo de 1870, que era la del último; pero á contar del 31 de Julio de 1869 empezaron las dificultades por haberse negado la casa Erlanger á pagar, y haber, en vez de ello, propuesto cierta novacion de contrato, que se aceptó por el Ayuntamiento. En términos generales, y teniendo en cuenta las circunstancias alictivas en que se encontraba la corporacion municipal, el primitivo contrato no hubiera sido considerado como muy oneroso y perjudicial, puesto que se reducía á pagar un 8 por 100 fijo por vía de intereses y amortizacion durante 70 años. De esta manera resultaba que Madrid en el primer año y medio recibía 76 millones de reales, teniendo á su vez que entregar algo más de seis millones anuales, ó sean 425.600.000 rs. en 70 años.

Decimos que no hubiera sido considerado muy oneroso este convenio, por tratarse de España, donde es corriente verificar emisiones al 16, 20 y 30 por 100 anual, sólo en intereses y sin perjuicio de devolver el capital en plazo angustioso: en el extranjero se habria obtenido la misma cantidad prestada con sólo un desembolso anual de cuatro millones, y aun de menos; pero desgraciadamente, por más que mostremos empe-

ño en elevar nuestra talla, nos encontramos en materias económicas muy por debajo de las demás naciones de Europa.

El contrato, sin embargo, fué recargándose á medida que recibía forma con condiciones desfavorables al Ayuntamiento, sin duda porque el prestamista en este país representa siempre el papel de león. Así es que se crearon 425.000 obligaciones representativas del capital del empréstito, cuyas obligaciones habian de darse a la casa Erlanger á medida que fuese desembolsando el dinero en los plazos convenidos. Estas tales obligaciones, de 380 rs. nominales, las cedía el Ayuntamiento á razon de 228 rs. 60 céntimos al contado, para recogerlas despues al tipo de 240 y volverlas á dar á este mismo tipo á los contratistas de obras municipales en pago de sus alcances. Debían despues amortizarse por sorteos en el término de 70 años, teniendo el Ayuntamiento que recibirlas á la par, ó sea á 380 reales, además de asignarse varios premios que variaban desde 760 á 950.000 rs. Complemento de todo esto fué el dar á la casa Erlanger la comision de pago, con 1 por 100 por este servicio sobre la totalidad que por cuenta del Ayuntamiento pagase. Mas tarde se hizo alteracion en el contrato, en lo relativo á la entrega por la casa de Erlanger de los tres últimos plazos del empréstito; y excusado es decir que la novacion no habia de ser en perjuicio del prestamista, que por lo visto andaba algo apurado para cumplir sus compromisos.

Tal era la situacion cuando entró á administrar los intereses de la villa el Ayuntamiento que ha cesado con las últimas elecciones municipales. Los individuos de este Ayuntamiento, que se quejan amargamente de haber sido objeto de censuras inmotivadas y hasta de ataques poco dignos, tomaron desde luego, 7 de Julio de 1875, el acuerdo singular de retirar á la casa Erlanger la comision de pago que venia desempeñando; y aunque un juzgado de primera instancia amparó á aquella casa, suspendiendo el acuerdo del Ayuntamiento, éste ganó despues el incidente, y la comision quedó sin efecto, lo cual representa para Erlanger una disminucion de ganancias de algunos miles de duros anuales.

Lanzado ya el Ayuntamiento en el camino de tomar acuerdos sobre esta materia, y una vez alzada la suspension del primero, no tuvo reparo en atacar por su base el empréstito, convirtiéndole en uno semejante al de 1861, ó mejor dicho, en ampliacion de éste, cuya historia haremos en su día. Cuantos en el extranjero poseían obligaciones del de Erlanger alzaron el grito en

son de guerra, y hubo individuo que formuló demanda en París contra un acuerdo que lastimaba evidentemente sus intereses. También Erlanger demandó á Madrid sobre cumplimiento de su contrato; pero el Ayuntamiento contestó pidiendo la rescisión, y según parece, lleva la cuestión ganada en los tribunales de justicia de España.

El pleito es asaz importante, y de él nos habremos de ocupar con detenimiento, porque hoy nos limitamos á la exposición de hechos.

Debemos, sin embargo, consignar que este desdichado asunto, en que tantos intereses se ventilan, ha venido á convertirse en una especie de pugilato sobre quién ha sido el primero á faltar al contrato, de tal manera que el Ayuntamiento, para sostener su acuerdo de rescisión, invoca como suprema razón el haber antes faltado Erlanger á lo que se había comprometido. Nosotros creemos que quien padece en todo esto es el crédito de la villa, la cual no hallará fácilmente capitales cuando intente hacer nuevas emisiones.

P. A. C.

BREVES APUNTES SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE

I.

El hombre llora al nacer, acaricia algunas ilusiones en el oriente de su vida, que desvanece el viento del desengaño, y concluye por distinguir lo definitivo en el primer escalón de la tumba.

En efecto, nace el hombre, que según la gráfica definición de un ilustre fisiólogo, es un tiempo limitado por el nacer y el morir, y antes de abrir sus ojos á la luz primera, antes que las brisas matinales besen su frente, derrama copiosas lágrimas, simbólicas del triste destino que viene á cumplir al mundo.

Primero las lágrimas, la expresión común de todos los sentimientos, la sangre del alma, como las ha llamado un filósofo contemporáneo, después la expresión del placer, de la felicidad; si estas últimas palabras pueden tener aplicación acá abajo.

Como los autores de nuestros días no tienen la presciencia, ese conocimiento futuro de las cosas, que es un atributo del Creador de todos los mundos, de ahí la razón por qué cuando nacemos, en el primer día de la vida, que es el más mortal, como dijo perfectamente *Saunders*, para aquellos, por una extraña contradicción, todas son glorias é ilusiones; empero si leyese nuestro destino en los inescrutables juicios de la Providencia, acaso la dicha se tornara en la mayor de las amarguras.

Ni somos pesimistas ni afectos al optimismo; no es otro nuestro objeto que demostrar en algo la verdad que nos proponemos en este desaliñado artículo, hasta donde nos sea posible, dentro de sus estrechos límites; pues nadie ignora que la razón es una potencia que demuestra, pero no revela.

Hecha esta sencilla observación, continuemos.

Una de las innumerables cuestiones que han dividido y dividen la opinión de los sabios, con respecto al hombre, es la de si las ideas universales, las verdades necesarias, tales como las de la divinidad y de la moral, son innatas en cada uno de nosotros, ó han sido importadas divinamente á la sociedad y socialmente al individuo.

La diversidad de opiniones en todas las fases de la civilización, puede resumirse en los opuestos sistemas del materialismo y espiritualismo; porque, cualquiera que sea el campo en que se ejerciten las fuerzas del entendimiento, en la infinita variedad de sus creaciones, se destacan los principios de ambos sistemas. Así es que la doctrina que profesaron *Locke* y *Condillac*, de que no hay idea en el entendimiento sin que antes haya penetrado por los sentidos, dió origen al materialismo de *Cabanis* y de otros pensadores, como la que enseña que las ideas han sido importadas divinamente á la sociedad, nos conduce á la creencia en lo infinito.

Los partidarios del sistema de las ideas innatas, habrán conocido lo sofisticado de sus argumentos, si han examinado la criatura en el acto de venir á la vida. En efecto, ¿qué idea traemos de nuestra destino, de la patria en que hemos nacido, de la en que habremos de vivir, del caos de pasiones en que el tiempo ha de envolvernos, y del fin de nuestra excursión por el mundo al llegar á los confines de la muda e impenetrable eternidad?...

Los adeptos de aquel sistema, casi abandonado, se fundan en ciertas nociones oscuras, que casi se confunden con nuestras facultades, sin la virtualidad suficiente para elevarnos á la especialidad de una idea; de manera, que casi podemos aseverar con *Scheleg* y otros pensadores, que las verdades necesarias han sido im-

portadas por la sabiduría increada á la sociedad, de quien las recibe el hombre, á no ser que afirmemos con *Herder* que la humanidad no tiene luminosa estrella polar, y que todas las verdades, como la palabra, se desarrollan en el hombre del mismo modo natural y espontáneo que brota el canto del pájaro en medio de las soledades y del silencio de las selvas.

Aun el génio nada puede predecir, ni sobre el orden ni sobre la época de su propio nacimiento; recibe la vida, y no le es posible elegir la madre que lo ha de dar á luz, ni determinar el lugar ni el tiempo en que ha de nacer (1).

Es una condición, bien triste por cierto, y en la que el orgullo humano no tiene de qué alimentarse; no obstante, aquellos días de nuestra infancia, que desaparecen como la sombra del ave en su rápido vuelo, son acaso los más felices, por la misma razón de que nada sabemos, pues como decía Chateaubriand: «La niñez es feliz, porque todo lo ignora, y la vejez desgraciada, porque todo lo sabe...» No tomamos en absoluto esta frase de aquel eminente publicista: solo aplicamos su primera parte á nuestro raciocinio; y en cuanto á la segunda, aunque no desconocemos el sentido en que está escrita, para nosotros, con referencia al saber humano, no hay frase más progresiva que aquella de Sócrates, cuando decía: «Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada.» Empero dejemos las digresiones y sigamos en nuestro propósito.

De la infancia, de esa edad de oro en que ostentamos la aureola virgínea, de esa edad purísima que graba en el alma indelebles recuerdos, principalmente de los que fueron nuestros amigos, cuya amistad jamás se olvida, ni aun por obstáculos de tiempo ni de espacio, pasamos á la puericia, y al entrar en ella parece que el génio del mal cierra sus negras alas para apoderarse de nuestro destino é inspirarnos en sus designios.

Si en esta edad se nos abandonase á nuestras propias fuerzas; si se nos negase todo elemento de civilización y no se nos instruyese en las sublimes máximas de la moral eterna, nos ocurriría precisamente lo que á los antiguos paganos, que extraviados en sus falsas teogonías, sumergidos en el doble abismo de lo pasado y lo porvenir, é imposibilitados de elevarse á la idea de lo infinito, pasaban el tiempo dedicando sus pasiones y adorando lo inadorable.

J. DOMÍNGUEZ BLANCO.

(Se continuará.)

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

EUSTAQUIO LE-SUEUR.

I.

Es de noche, y una noche de invierno. La campana del monasterio de la Cartuja de la calle del Infierno acaba de tocar a maitines, y los religiosos bajaban silenciosamente por los claustros, tan silenciosos como ellos, al coro para orar al Señor en aquella hora en que descansaban todos los mortales, y en que París yacía en el más profundo letargo. El viento frío azotaba las vidrieras del monasterio, y en las ojivales ventanas hacia resonar sus silbidos. Dos fuertes golpes dados en la puerta del convento interrumpieron la lóbrega y profunda calma que envolvía aquella casa sagrada. Dirigióse lentamente con una linterna en la mano el hermano portero á ver por la rejilla de la puerta quien llamaba á aquella hora tan desusada. Un hombre con los cabellos erizados, pálido el semblante y descompuestas las facciones venía á llamar á aquella puerta, abierta siempre por la hospitalidad.

—¡Abrid, hermano; soy un desgraciado que viene á buscar un asilo!

El hermano lego se dirigió al prior de los cartujos, puso en su conocimiento la extraña visita que á aquella hora quería entrar, y esperó con los ojos bajos, fijos en el suelo, para recibir sus órdenes.

—Sí, dijo el prior con el acento tardo y vacilante, efecto de la costumbre de no hablar; porque saben nuestros lectores que los cartujos no gastan conversación alguna entre sí, y únicamente cuando se encuentran para dirigirse, ó bien á la oración, ó á sus respectivas ocupaciones, pronuncian estas palabras, que encierran un recuerdo que debe alejarnos del pecado:

—¡Hermano, morir tenemos!

—¡Hermano, ya lo sabemos!

Dirigióse el lego á la portería, descorrió los pesados cerrojos, abrió el postigo, que dió en-

trada al que á aquella hora venía á implorar un auxilio.

Acompañólo á la presencia del prior, y habiéndose postrado á los pies de éste, el anciano sacerdote, único que por el instituto puede hablar en las ocasiones en que sus palabras pueden ser de alguna utilidad á sus semejantes, le dijo:

—Quien quiera que sea's, las puertas de la casa de San Bruno están abiertas siempre por tres días para cualquiera que á ellas se dirige, bien lo haya traído la desgracia, ó bien la curiosidad de penetrar los misterios de esta casa religiosa.

Entonces el que había entrado en el monasterio abrió su capa, que ocultaba parte de su rostro, y dejó ver un joven cuyas facciones, perfectamente caracterizadas, excitaban las simpatías.

—Padre, mis manos, aunque involuntariamente, están manchadas de sangre. He procurado evitar esto, que es un crimen ante Dios, pero al que el mundo impele al hombre por un falso pundonor. Vengo de un desafío que no he provocado, y que no me era dado, como noble, rehutar. Vengo huyendo de la justicia de los hombres, que condenan sin embargo, una acción que proclaman como honrada. Vengo á arrojarme á los pies de Dios é implorar de sus ministros la absolución de mi culpa, y un asilo contra una familia poderosa que va á perseguirme.

—A nosotros solo toca absolver al pecador que voluntariamente recurra al tribunal de la penitencia, y daros un asilo de que por fortuna vuestra goza nuestra iglesia. Ahora vamos al coro: estais en seguridad; y cuando acabemos de implorar á Dios por todas las miserias del género humano, me contareis vuestra historia. Y si Dios ha tocado vuestro corazón, os oiré también en el tribunal de la penitencia.

Y dirigiéndose el anciano prior al coro, iba seguido del joven á quien acababa de prestar asilo y socorro, y el que oía murmurar á media voz: *Surge in Domine ad confitendum tibi de media nocte.*

La iglesia de la Cartuja de la calle del Infierno de París, la cual ya no existe porque, como tantos otros templos, fué demolida durante la época revolucionaria, tenía la misma construcción que todas las iglesias de los cartujos, formada por el mismo plano y regla establecida por su santo fundador.

La oscuridad de la noche, el recogimiento del templo y los armoniosos cánticos de aquellos religiosos, que únicamente entonces ejercitaban su lengua, llamada por tanto tiempo, conmovieron el ánimo del joven acogido. Finalizados los maitines, el prior tocó ligeramente en el hombro al joven, que por un movimiento involuntario volvió la cabeza, saliendo de la especie de éxtasis en que le habían puesto la soledad del lugar, los cánticos de los religiosos y las encontradas pasiones que combatían su corazón.

II.

Al día siguiente, muy de mañana, el prior de los cartujos se dirigió á la hospedería, donde se había recogido el joven que había venido á buscar un asilo en su monasterio la noche anterior.

Aquel joven hallábase pálido, con los ojos desecados, descompuestas las facciones, no tanto por la vigilia que había pasado, en que sus ojos no habían podido cerrarse al sueño, como por la agitación que sufría su corazón.

Hablóle el religioso con afabilidad, y preparó su espíritu á que le abriese su alma, depositando en él las penas que le agitaban, y de que era claro y evidente indicio el trastorno de su rostro.

Aquel joven era un artista, un pintor que debía legar su nombre al mundo, escrito en las brillantes páginas de sus obras maestras. Era Eustaquio Le-Sueur, descendiente de una familia que había perdido por las vicisitudes de los tiempos su primitivo esplendor y brillo. Se hallaba enlazada con las ilustres casas de Ramberg y Creqy.

Aquel joven sentía hervir en sí el corazón de un artista, y teniendo bastante fe y bastante fuerza para pedirlo todo á la ilustración y á la gloria, sin tener vanidad alguna por lo noble de su nacimiento y origen, se había casi desde niño dedicado á la pintura, manejando el lápiz y el pincel con tal acierto, que habiendo entrado en el taller del celebre pintor *Nonet*, en breve ganó el cariño del gran maestro, al par que el afecto y la confianza del maestro había excitado la envidia de sus compañeros, y particularmente de su discípulo Carlos Lebrum, cuyos celos y rencor tanta influencia tuvieron en todo el resto de su vida, y que le persiguieron hasta el sepulcro.

Trató Lebrum, desde un principio, por cuantos medios le fué posible, el desanimar á Le-Sueur y hacerle abandonar el arte en que la historia le guardaba un lugar inmortal.

El Poussino vino á París, y vió á Le-Sueur; aquel génio reconoció su igual en Le-Sueur y reanimó su espíritu, dejándole dos maestros infatigables que seguir: el alma y la naturaleza.

No le bastaba su trabajo en la pintura para mantenerse. Vivía dibujando imágenes en los frontispicios de los libros de oraciones para uso de los conventos; pero ni así tenía lo suficiente para vivir. Tuvo que recibir por mediación de uno de sus protectores un destino de inspector de contribuciones en una de las puertas de París.

Satisfecho con tener asegurado el alimento diario para una mujer con quien estaba casado desde la edad de veinticinco años, sin ambicionar nada, consagrado enteramente á sus estudios, los días que tenía libres de servicio de su modesto destino los empleaba en trabajar con ardor en el estudio del arte en que debía salir tan gran maestro.

Una desgracia fué el cimiento de su gloria, desgracia que estuvo á punto de costarle la vida.

Un día que se hallaba de guardia en la puerta de la Ourcina, fué insultado uno de sus dependientes por un caballero á quien quería registrar. Le-Sueur tomó la defensa de su dependiente.

El caballero, con la altivez de la época de Luis XIV que usaban los hombres de la corte, lo insultó. Retóle el pintor á desafío, pero aquel le dijo con desden que antes de cruzar su espada necesitaba saber el nombre de su adversario.

Le-Sueur le dijo que era el autor de algunos cuadros que ya entonces habían merecido llamar la atención de la corte y de la sociedad de París. El caballero, echándole una mirada de altivo desprecio, le dijo que no cruzaría su espada con la tonta del pintor, y que no conocía más cuadros que los escudos de armas.

El pintor, que hasta entonces no había hecho ostentación de la nobleza de su familia, porque todo quería deberlo á la gloria y á su trabajo, le hizo ver que el pintor se hallaba enlazado con las familias de Ramberg y de Creqy, y que si manejaba la tonta, el pincel y la paleta, también tenía derecho á llevar en el costado la espada del caballero.

Al día siguiente, muy de mañana, aquellos dos hombres que el día antes disputaban en la puerta de la Ourcina, se batían leal y denodadamente en el bosque de Bolonia.

Desgraciadamente, Eustaquio Le-Sueur no fué caballero á medias: dejó tendido en el campo á su adversario.

Luis XIV era inflexible contra los duelos. Le-Sueur, apenas vió cadáver á su contrario, huyó y permaneció escondido en su casa; pero no contentándose en seguridad, había salido de ella apenas la noche había tendido sus sombras sobre la ciudad de París y se había dirigido, como hemos visto, á refugiarse al claustro del monasterio de la Cartuja de la calle del Infierno. Allí halló un asilo; allí encontró en el austero y penitente prior del monasterio un hombre que no solamente le sustrajo del furor de la familia del hombre que había muerto y á la severidad de las leyes del reino, sino que también hizo descender en su alma, cual un bienhechor rocío, la palabra de Dios, que excitó á la penitencia á aquel hombre que hasta entonces había vivido envuelto en los placeres del mundo y consagrado todo á la gloria del arte de la pintura.

III.

Le-Sueur, retirado en aquella mansión de cenobitas, recogido en aquel asilo de penitencia y de paz, vió germinar en su carácter candoroso y sencillo las simientes de las virtudes cristianas que su madre había depositado en su seno. Allí encontró abrigo su vida, ignorada del mundo, mientras que activamente le perseguían y buscaban por todas partes para vengar la muerte del caballero que tan injusta y osadamente le había provocado. Allí, vuelto a Dios con el ejemplo de aquellos austeros penitentes, desplegó un fervor y una piedad digna de un verdadero religioso.

Le-Sueur quiso pagar á sus huéspedes la generosa hospitalidad y el asilo que le daban; pidió al prior lienzo, pinceles y colores, y en los tres años que permaneció oculto en aquel santo lugar, hasta que las circunstancias pudieron permitirle salir de él, trazó sobre veintidos cuadros la prodigiosa vida de San Bruno, pintándole en aquel mismo convento donde se hallaba retirado, oculto é ignorado de todos.

Tres años solamente, desde 1645 hasta 1648, tardó Le-Sueur en pintar sobre veintidos tablas toda la serie de la historia de San Bruno. La historia de este santo es religiosamente poética,

Bruno nació en Colonia en el año 1095. Nada desde sus primeros años tuvo de común con las cualidades de la infancia. Sus progresos en las letras fueron tan rápidos como en la virtud, y joven todavía fué nombrado por San Annon canónigo de Colonia. Bien pronto fué a Reims, ciudad célebre entonces por la reputación de sus estudios, y a poco tiempo fué elegido *scholastre*, es decir, inspector y director de los altos estudios eclesiásticos de la diócesis.

Después de la muerte del arzobispo Gervasio, fué perseguido y se vio obligado a retirarse al castillo del conde Koncey, donde permaneció hasta el mes de Agosto de 1078.

Asistiendo un día al entierro del canónigo Diocles, que tuvo por testigos una inmensa concurrencia, atraída por la curiosidad y por el brillo de su virtud y reputación, presencié la terrible escena que nos ha conservado la tradición, de que por tres días distintos, en el momento en que el celebrante, recitando la lección sagrada del libro ciento seis, parecía dirigir al difunto aquellas palabras: *Responde mihi*; Raimundo Diocles levantó la cabeza y durante los tres días dejó oír clara y distintamente la concurrencia aquellas palabras de que por los altos juicios de Dios era acusado, juzgado y condenado.

Bruno entonces, testigo de aquel extraño suceso, y que había prestado constante culto a la virtud, que hizo llegar a la perfección, renunció al mundo y fundó la austera y penitente Orden de la Cartuja.

Tal es el admirable poema que en veintidos páginas escribió el pintor poeta Le-Sueur, y que inspiró el asombro y admiración de cuantos le vieron, y la envidia de sus rivales.

Apenas había expuesto estos cuadros en el claustro de la Cartuja, Carlos Lebrum, el rival constante, el enemigo de Le-Sueur, conoció los rasgos del genio y el pincel de aquel hombre, que era su tormento desde que entró en el taller de Vouet. Hizo que una mano temeraria, armada de un cuchillo hiriese aquella obra con la intención de hacer desaparecer los más bellos rostros de ella.

Este crimen de lesa arte, esta indisculpable barbarie se cometió en el claustro del mismo convento, aprovechando sin duda el momento en que aquel sitio se hallaba solo, y valiéndose de algunos de los criados o personas que entraban para el servicio necesario del convento.

El prior vió aquella profanación; vió destruido en un momento uno de los más bellos cuadros de Le-Sueur; hizo quitar inmediatamente el mutilado cuadro y lo llevó a su celda. Llamó a Le-Sueur y le manifestó la degradación que había sufrido una de las más hermosas tablas con que había enriquecido el monasterio.

Le-Sueur conoció que aun en aquel asilo, donde se creía olvidado del mundo, y donde tal vez hubiera pensado terminar sus días, pues durante el tiempo en que había estado refugiado allí, había tenido la desgracia de perder a su mujer, todavía le perseguían, y no lo dejaban en paz. Casi iba a renunciar, desanimado, a continuar la brillante carrera de la pintura; pero las amonestaciones del prior, a quien miraba como un padre, a quien tanto debía y que había logrado hacer renacer en su abatido corazón la calma, le hicieron que volviese de nuevo a rehacer la obra que tan bárbaramente le habían mutilado.

Cediendo a sus instancias fué Le-Sueur a la modesta y penitente celda del prior, y allí vió colocado sobre el caballete la tabla, de la que habían desaparecido los más hermosos rostros que había puesto en el cuadro de la toma de hábito de San Bruno.

A la vista de aquella mutilada obra, dejó caer desfallecida su mano, y estuvo a punto de desmayarse. Sostuvieronle las piadosas exhortaciones del prior y del procurador del convento, que le acompañaba.

Después de un momento de vacilación, recobró el ánimo, se puso a trabajar con ardor, y en breve volvieron a aparecer otros rostros, otras cabezas no menos bellas que las primeras en el cuadro en donde una mano bárbara, excitada por un miserable rival, había intentado asesinar la gloria del artista.

IV.

Le-Sueur, cuya alma era pura como la de los santos que pintaba, hubiera querido permanecer en la Cartuja; pero los cuadros que había pintado para el convento hicieron que el rey Luis XIV, que tanto protegió las artes en su reinado, le hiciesen salir de su asilo, concediéndole antes un pleno indulto y encargándole que adornase el palacio Lambert y algunos salones de Versalles.

El pintor vivió poco tiempo en el mundo. Su vida fué de corta duración, teniendo grande analogía con el gran pintor romano Rafael. Murió a la edad de treinta y ocho años, en 1655.

Grandes fueron los disgustos que tuvo que sufrir en el mundo desde su salida de la Cartuja por Lebrum, su implacable rival, que era pintor primero de Luis XIV.

Le-Sueur era el pintor de la humanidad. Cuando se hallaba en su lecho de muerte, Lebrum vino a visitarle y tal vez a gozar y a expliar su agonía, porque al retirarse le oyeron decir estas palabras, que pintan gráficamente su alma:

—La muerte va a quitarme una espina que tenía hace muchos años.

V.

Agitada fué la vida del artista: no debían descansar sus cenizas ni aun después de muerto. Enterrado en la iglesia de San Esteban del Monte, tuvo aún que sufrir la injusticia de los hombres, porque su sepulcro fué violado por los hombres de la revolución de 1793, y arrojadas al viento sus cenizas con las de Descartes, Pascal y Racine. ¡Triste destino del mérito! Ser en vida el blanco de mezquinas intrigas y rivalidades y carecer en la muerte hasta del respeto y de las consideraciones que tantas veces usurpan las medianías y nulidades.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA AUSENCIA.

(A MI MEJOR AMIGO.)

La ausencia es aire,
que apaga el fuego chico
y aumenta el grande

¡Qué tristes son las cartas!.... El papel es blanco como las cenizas; la tinta negra como las ausencias. El sobre es una losa funeraria donde se escribe el nombre del ausente, como si fuera el nombre del muerto.

¡Qué tristes deben estar los que están lejos! Parece que todos decimos esto, y lo creemos por no pensar en lo que decimos. Pero el ausente vive; la carta lleva la alegría, y no la tristeza, el sobre no es el epitafio ni la lágrima que arranca el dolor, ni el suspiro amargo que tinte de hiel el papel que empaña.

Decid que los que se hablan, que los que se miran solo son ellos felices, y habéis negado la aspiración a la suprema dicha que se siente y se adivina sin conocerla.

Donde falta el misterio, faltan las religiones. El amor es una religión, y amor sin dudas, sin esperanzas, es amor sin misterio, es amistad, y no la mejor amistad, no la amistad que se siente por el mejor amigo.

¡Cómo se quieren! dice el mundo cuando observa a dos enamorados, que hablan tres horas seguidas, sin oír la comedia, en el teatro, sin bailar en el baile, sin saludar en el paseo. ¡Cómo se quieren!

Yo sé, y te lo digo a tí, que cariño de pregon no está en el alma.

Una de las razones por que pintan al amor como un chiquillo, es porque el amor se avergüenza en las visitas, y a solas grita, y habla, y se desespera. Lo tengo esto por indudable.

La ausencia es como la noche, que todo lo hace más grande. El ausente habla a la luz, al aire, al cielo, porque en todas partes ve la imagen del ser querido, y en todas partes la ve porque la guarda en el corazón y la mira en su pensamiento.

La esperanza es la paz, el consuelo y el bien. Esperar y sentir es la ausencia. El olvidado, es algo más que la muerte; y el ausente no olvida, porque no se comprende al ausente sin la otra persona de quien está lejos.

Al que os jure en vuestra presencia, al que os afirme sus galanterías con frases del mundo, y flores de su jardín, creedle pocas veces. Las cartas del ausente, que como esta lejos no teme lo que dice, y dice por eso lo que siente, esas son las más puras manifestaciones del cariño.

Por eso el que asegura del ausente ha de ser triste, lo hace porque no las ha recibido nunca.

Una carta cerrada es un secreto, y los secretos del amor son revelaciones divinas.

Por eso no os atrevéis a abrir una carta que no es para vosotros.... y por eso las mujeres abrieran todas las cartas del mundo si todas fueran cartas de amor.

No las ofendo. Las que no han abierto al amor su corazón, abrieran las cartas con mayor deseo. Y esta curiosidad anhelante, ¿qué es? La relación que existe entre las almas que abriga los mismos sentimientos, ó el impulso del corazón de la mujer, que, nacida para amar, amando muere.

La carta estrecha esa relación, y despierta ese impulso. Pues, ¡bendita sea la carta!

La ausencia los manifiesta con más verdad, con más pasión, como el corazón los siente. Pues, ¡bendita sea la ausencia!

Creer al ausente, debe ser en esta religión del amor, artículo de fe.

Negar la ausencia, es negar los recuerdos, las ilusiones, las esperanzas, y el corazón que no espera es un corazón muerto para todas las grandes empresas.

Yo quiero que me digáis si los poemas de la guerra, si los poemas de las grandes hazañas, son más grandes que los poemas del amor.

La elocuencia es de la razón la mejor gala, porque hubo un Cicerón.

El lienzo es la revelación del arte, que da forma a la idea en los cuadros de Murillo, y belleza a la verdad en los de Velázquez, y galas, y color al pensamiento en las obras de Rubens y Van-Dyck.

La música es el rayo de luz que anuncia una aurora en las noches del alma; lo ha dicho un gran poeta y un gran corazón, y la música ha tenido por sacerdotes suyos a Mozart y a Cimarón, a Beethoven y a Rossini.

La poesía es el lenguaje del sentimiento, que lucha con Leopardi, maldice con Espronceda, cree con Lamartine, y ama con Byron.

Y la música, la pintura, la poesía y la elocuencia, han despertado a los pueblos, los han educado, los han puesto en el camino del bien, pero solo el amor los ha redimido, porque el amor ha tenido a Jesucristo.

Amor y ausencia son dos palabras que han brotado de los labios del hombre para unir dos almas en una sola, para formar el más grande concierto de la humanidad, para hacer con el amor que el hombre llegue al cielo, y del cielo reciba su redención, y para que de la ausencia brotara la fe, que es el consuelo de las almas tristes.

Esa tristeza de los ausentes, solo esa tristeza tranquila, sublime, que cree y espera, solo esa tristeza puede definir lo indefinible, el amor.

El que ha sufrido la ausencia, sabe la definición. No se la pregunteis.

Si como él habéis sufrido esa dicha, porque hay sufrimiento en los gozos como placer en las desventuras, como hay en el agua elementos de combustión; si como él habéis sufrido, ya sabéis lo que os contestaría; si no, aunque esto dijera no lo entenderíais.

La fuerza de imaginación de un pueblo entero no ha sabido definir la ausencia sino con un ejemplo, y los ejemplos no son definiciones. Para decirlo todo, ha dicho esto:

La ausencia es aire,
que apaga el fuego chico
y aumenta el grande.

El alma que siente no olvida; y la soledad trae el recuerdo, porque el recuerdo ha nacido a la sombra de la ausencia.

Si no creéis en la muerte eterna, porque esperáis en la eterna vida; si no renunciáis aún a las caricias de vuestra madre los que la habéis perdido, es porque el fuego divino ha dejado en el hombre la llama de su espíritu.

Y si los recuerdos existen, y la ausencia con ellos rebasa los límites de la vida, ¿no ha de rebasar el corazón límites más pequeños, de más estrechas distancias?

Arrancar de nosotros el recuerdo sería arrancar las ilusiones, que no son cosa fugaz y vana, sino principal resorto de la existencia.

El mas grande publicista francés, y el más soberbio quizás, ha dicho que el viajero deja siempre una parte de su vida en los puntos por donde pasa.

La vida del ausente la forman los recuerdos. ¡Feliz, pues, la persona amada que adivina sembrado el camino de la que es su complemento de imágenes que son de ella, y pensamientos que para ella han nacido!

Por eso los ausentes se ven en todas partes; por eso veis en todas partes a vuestro mejor amigo.

El mejor amigo de un hombre es.... Error de la pluma que escribe mal cortada.

CONRADO SOLSONA.

VARIEDADES.

SAN JUAN DE LA PALMA.

(Tradición sevillana).

I.

Existe en Sevilla una plaza pequeña, irregular y tortuosa, en cuyo centro se eleva majestuoso un templo cristiano, conocido por San Juan de la Palma.

Por los tiempos que ocurrieron los sucesos que vamos a referir, llamábase únicamente la parroquia de San Juan Bautista.

Mas un milagro ocurrido allí, junto a una palmera que crecía altiva y lozana en el cementerio de dicha iglesia, donde ahora está la cruz,

dió ocasión a que más tarde los honrados habitantes de la muy noble y leal ciudad, comenzaran a apellidarla San Juan de la Palma.

La tradición ha conservado con religioso temor la causa del milagro, y nosotros lo relatamos fielmente al que leyere.

Diz que cuando Sevilla era de moros, había en aquel sitio una mezquita, desde cuyo alto alminar vocaba el *almueden* (1) a los buenos *muñimes* (2) para que fuesen a tributar sus adoraciones al Profeta.

En el huerto de este infiel santuario, y al lado de una bellísima fuente de alabastro, alzaba su esbelto tronco una gallarda palmera, que recortaba vigorosamente sus largas hojas en el claro azul del cielo.

La palmera era objeto de veneración para los musulmanes por cierta piadosa conseja que desde el infame reinado de Abdelaziz, el desdichado hijo de Muza-ben-Noseir, corría en boca del vulgo, y era transmitida de padres a hijos; cuál fué el asunto que dió origen a la tal conseja, no lo consignamos por dos poderosas razones: la primera, porque las crónicas guardan prudente reserva acerca de este punto, y la segunda, porque aunque de él hicieran particular mención sería fuera de este lugar narrarlo, y nosotros, a fuer de leales, no queremos distraer ni un ápice al lector de lo que nos hemos propuesto trazarle.

Solamente se cuenta que los moros habían escogido aquella fuente para sus cotidianas abluciones, y que previo saludo hacía el Oriente, donde estaba la Meca, repetían otro tan reverente a la palmera, que algunas veces, al ser suavemente oscilada por el viento, inclinaba el verde penacho de sus hojas, como contestando a la musulmana y galante cortesía.

Esto predisponía bizarramente los ánimos en favor de la palma.

Y es fama que cuando las bravas huestes de San Fernando acampadas en los feraces llanos de Tablada, pusieron récio cerco a la musulmana ciudad, muchos moros sabidores solían dirigir sabrosas pláticas a la vegetal hija del desierto, rogándole afincadamente que obrase nuevo milagro y destruyese aquellas gentes que con osado ánimo y gentil talante llamaban a las puertas de la ciudad con los forrados cueros de sus lanzas.

Mas la palma mostróse sorda a los reiterados ruegos y apretadas razones de los demandantes, y ello fué que algunos días pasados, la enseña del Islam fué abatida, y en su lugar tremoló orgulloso sobre la alta torre de Santa María el bordado pendón del bienante monarca.

Al derribar la aljama y levantar sobre sus agarenos cimientos el católico templo de San Juan, la palma fué respetada y continuó descolando ufana en aquella tierra de bendición, purificada por el cristianismo. Y siguieron las consejas y se sucedieron los milagros de tal suerte, que algunas personas, edificadas por el olor de santidad que se esparcía en aquellos lugares, manifestaron su voluntad de ser allí sepultados tras de su muerte.

El antiguo jardín árabe, trasformase en cementerio.

En este sitio, pues, y dada la precedente información que hemos juzgado necesaria, aconteció lo siguiente por los años 1505, siendo inquisidor general el muy docto y eminente varón Fray Diego Deza.

II.

Por aquel tiempo había muchos herejes en Sevilla.

Una tarde predicó en San Juan un fraile franciscano de ejemplares virtudes y gran erudición, conocido por Fray Juan de Santa Teresa.

En el púlpito y ante un numeroso auditorio, con elocuentes y bien cortadas razones, hizo ver a los fieles los pecados que en menoscabo de la religión se cometían, y concluyó exhortándoles a que nadie delinquiera contra la fe, puesto que las paredes tenían ojos y oídos, y era por demás peligroso incurrir en herejía.

Entre el apiñado concurso había cuatro personas que con el desprecio en los corazonces y una sonrisa de duda dibujada en los labios, moviéndose para sus coletes de las piadosas reflexiones del religioso, cuyo objeto era evitar los daños y males que podrían sobrevenir si aquellos actos de impureza y sacrilegio se repetían, salieron de la iglesia y entráronse en una hostería no muy distante, frecuentada de toda clase de personas, por la bondad de sus vinos y el sabroso condimento de sus guisos.

Como descendientes que eran de judíos, si bien en público mostrábanse celosos observantes del culto católico, en el interior de sus con-

(1) Sacristán munidor de mezquita.

(2) Fieles, creyentes.

ciencias hacían escarnio y bafa de la religión cristiana.

El que presidía se llamaba Juan Diego; era hombre de vida licenciosa, avezado desde sus más verdes años á frecuentar garitos y mancebías, á esgrimir los hierros por la más leve causa y á ser promovedor de escándalos y desafueros.

Con sus duras y aviesas facciones, la ancha capa roja que lo cubría, sus castoreños de fieltro derribado sobre las cejas, y la tizona rabitosa dispuesta siempre á ser empuñada, inspiraba repulsión.

Comenzó la cena, sucedieron las liberaciones y reinó el desorden.

(Continuará)

A LA MEMORIA

DE JULIAN ROMEA.

SONETO.

«Fluget Aëlio carmine nobilem» (1).
(Virg.)

Alumno predilecto de Thalia;
de sus preclaros hijos el primero;
tu nombre corre por el mundo entero,
radiante como el sol del Mediodía.

De la española escena rey un día
hasta el instante de tu adios postrero;
del Parnaso magnífico lucero,
tu gloria es gala de la patria mia.

El aura popular con dulces sonos
á tu albor resonó... gimio en tu ocaso
y hoy arranca al dolor tristes canciones.

De duelo están la escena y el Parnaso,
mas á través de cien generaciones
sabrás, génio inmortal, abrirte paso!

MANUEL SANCHEZ ESCANDON.

RESEÑA TEATRAL.

Para el que se vé obligado á decir á los lectores de LA SEMANA algo de lo acaecido en los teatros de Madrid durante los siete días transcurridos, es horrible el marasmo en que el arte y la literatura dramática se hallan en nuestra patria, merced á un sinnúmero de causas que no podemos hoy detallar.

Y que la decadencia del arte dramático es cierta y profunda, lo prueban el éxito de la mayor parte de las producciones estrenadas durante el invierno. Excepción hecha del Sr. Echegaray, de ese génio potente que cual luminoso astro aparece fulgido y deslumbrador, aunque

(1) «En delicioso verso ensalzante.»
(Traducción del autor.)

por su excesiva brillantez acaso alcance una vida más efímera, si bien gloriosa, todas las demás obras han nacido, vivido y muerto como la flor de un día: obras originales ó traducidas sin más objeto que el ganar unos ochavos y distraer un rato al espectador, su existencia ha sido lánguida, y en pos de sí no han dejado otro recuerdo que alguna frase delicada, algún *calambour* obscuro, algún perfil del actor ó, y esto ha sido lo general, un hastío profundo en el público.

De aquí nace la controversia suscitada con este motivo por un artículo publicado en el número 106 de la *Revista de España* y el antiguo empresario de teatros Sr. Roca. ¿Pero ganará algo el arte con esta controversia? Casi nos atrevemos á afirmar que no. Mientras la dramática española sea una especulación, un negocio mercantil de autores y empresarios; mientras á modo de papel del Estado, y casi á tan infimo precio, se coticen en el mercado de la literatura las obras del ingénio, es imposible que el arte florezca. ¿Qué importa que uno descuelle? Ese sucumbirá como tantos otros; el mal germinará, y el arte irá de mal en peor.

Sin querer, nos hemos metido en consideraciones impropias de esta reseña teatral: verdad es que si hemos dejado correr la pluma, ha sido por las escasas y pobres nuevas que pueden decirse.

Pero volvamos á nuestro objeto.

En el antiguo corral de la Pacheca, después de seis lánguidas representaciones del patriótico, y nada más que patriótico, drama de los señores Santivañez y Echevarría, *Luchas heroicas*, se ha estrenado un juguete cómico titulado *Falsos testimonios*, original de D. José Extramera, y según los carteles, se ha dado comienzo al ensayo del drama *Pílatos*, obra del gran cantor Zorrilla.

El teatro de la Comedia, suma y sigue: la parodia del drama *O locura ó santidad*, *Música celestial*, le ha parecido una *idem* al público. Está visto: en este coliseo solo el género francés, zurdido, remendado y teñido de verde, es el que agrada; lo demás es... *música celestial*.

En la Zarzuela (a) Jovellanos, sigue Bernis y la compañía Friggerio dando bufo-francés por todo lo alto y todo lo bajo. Y á propósito: ¿qué sucedió noches pasadas en ese coliseo? ¿Será el empresario hijo de *Vulcano* ó *Plutón*, ó como el *caballo de Atila* llevará la desolación en pos de sus huellas?

En Novedades quieren hacer las delicias del público con *La almoneda del diablo*, también zurdida y repasada; pero la compañía no da chispas.

Hoy por hoy, el único coliseo á que se puede asistir, seguro de no ser defraudado en las esperanzas que todos conciben al ir al teatro, es el Real. En el número anterior ya digimos algo de

La Estrella del Norte: ahora la empresa abre un abono por veinte funciones, que deben darse en el mes de Abril, y para los días que éstas no se efectúen se dice que el celoso empresario señor Robles ha contratado la aplaudida compañía trágica italiana que dirige la Sra. Pezzana Gualtieri.

¿Qué pasa en los teatros de segundo orden?... Mejor es exclamar con el Dante:

*Non ragionare di lor,
ma guarda e passa!*

E. DE S. FUENTES.

BANCO DE ESPAÑA.

NOTA de las obligaciones del Banco y del Tesoro, de la serie interior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bonos que representan los lotes.	Números de las obligaciones que deben ser amortizadas.
35	Del 3.401 al 500
56	5.501 600
126	12.501 600
166	16.501 600
194	19.301 400
213	21.201 300
295	29.401 500
380	37.901 38.000
484	48.301 400
533	53.201 300
543	54.201 300
563	56.201 300
564	56.301 400
634	63.301 400
641	64.001 100
693	69.201 300
702	70.101 200
728	72.701 800
883	88.201 300
955	95.401 500
963	96.201 300
1.061	106.001 100
1.063	106.201 300
1.097	109.601 700
1.231	123.001 100
1.296	126.501 600
1.302	130.101 200
1.335	133.401 500
1.423	142.201 300
1.454	145.301 400
1.586	158.501 600
1.599	159.801 900
1.705	170.401 500
1.868	186.701 800
1.881	188.001 100
1.997	199.601 700
2.019	207.801 900
2.092	209.101 200
2.108	210.701 800
2.225	222.401 500
2.264	226.301 400
2.275	227.401 500
2.303	230.201 300
2.354	235.301 400
2.359	235.801 900

Números de las bonos que representan los lotes.	Números de las obligaciones que deben ser amortizadas.
2.455	245.401 500
2.513	251.201 300
2.541	254.001 100
2.574	257.301 400
2.728	272.701 800
2.874	287.301 400
2.923	292.101 200
3.029	Del 302.801 al 900
3.072	307.101 200
3.243	324.201 300
3.339	333.801 900
3.469	346.801 900
3.495	349.401 500
3.530	352.901 353.000
3.582	358.101 200
3.901	390.001 100
2.951	395.001 100
3.968	396.701 800
4.010	400.901 401.000
4.033	403.201 300
4.073	407.201 300
4.112	411.101 200
4.176	417.501 600
4.305	430.401 500
4.325	432.401 500
4.359	435.801 900
4.442	444.101 200
4.567	456.601 700
4.664	466.301 400
4.680	467.901 468.000
4.848	484.701 800
4.936	493.501 600
4.950	494.901 495.000
5.050	504.901 505.000
5.514	511.301 400
5.147	514.601 700
5.486	548.501 600
5.667	566.601 700
5.676	567.501 600
5.737	573.601 700
5.800	579.901 580.000
5.819	581.801 900
5.824	582.301 400
5.827	582.601 700
5.832	583.101 200
5.996	599.501 600
6.006	600.501 600
6.032	603.101 200
6.155	615.401 500
6.203	620.201 300
6.262	626.101 200
6.290	628.901 629.000
6.291	629.001 100
6.429	642.801 900
6.487	648.601 700
6.495	649.401 500
6.554	655.301 400
6.562	656.101 200
6.582	658.101 200

Madrid 5 de Marzo de 1877.—V.º B.º—Por el Gobernador, Breto.—El Secretario, Manuel Ciudad.

ADVERTENCIA. No serviremos ninguna suscripción en provincias, Ultramar y extranjero cuyo pago no se haya recibido en esta administración por semestres adelantados.

IMPRENTA DE JOSÉ GARCÍA.

ANUNCIOS.

PEÑA, PELUQUERO Y PERFUMISTA.

PREMIADO EN LA EXPOSICION DE VIENA
y en la Universal de Filadelfia.

Premiado por la Exposición aragonesa y por la sociedad de Amigos del País de Zaragoza, ofrece á V. sus establecimientos situados en la calle de la Abadía número 24 y 25 (tres tiendas), en Madrid, en donde se afeita cortay riza el pelo por 4 rs.; o cortado rizado, 2 rs.; afeitado y peinado liso, 1 real; tambien se admiten abonos por tarjetas, á 10 rs. docena, que sirven para afeitar, cortar, peinar ó rizar el pelo; se hacen pelucas para señora, con raya francesa de gró, gasa ó tul vegetal, de lo mejor, de 280 á 500 reales; idem medias pelucas con dde rayas de la misma clase de 200 á 300 rs.; id. mas inferiores, con dos rayas, de 140 á 280 rs.; id. enteras con raya de tul, gasa gró ó española, 200 á 220; rayas solas para adelante, de 30 á 280 reales; ó sea á 30 rs. pugada armada; lazos, moños y castañas desde 30 reales á 100 cada uno; hay de todas clases y modelos muy bonitos, armaduras de crepe, cocas y rulos de todas clases para los peinados de moda, desde 4 rs. en adelante; monas de tirabuzones, desde 40 á 200 reales; añadidos y trenzas, de 20 á 300 rs.; pelo para añadidos y trenzas, de 40 centímetros, á 20 rs. onza; de 50, á 30 rs. onza; de 60, á 40; de 75, á 50; de 85, á 60; y de un metro, á 100 reales onza; rizos y tirabuzones, desde 16 á 100 reales par, sorti ilas á la ilusión desde 200 á 600 par; caprichos de todas clases y tamaños, desde 1 real á 30 cada uno; de bucles sueltos, desde 4 reales en adelante; algodones para rizar el pelo á 3, 4, 6, 8 y 10 rs. docena; papilotes para recoje y rizar el pelo, á 4 y 8 rs. paquete; pelucas para toda clase de imágenes, los precios son según el tamaño y clase; igualmente toda clase de pelucas blancas de la época, antiguas para coquero; pelucas para caballero, desde 80 á 280 reales; postizos y bisones de tejido ó al picado nimitado al natural, desde 40 á 200 rs., según el tamaño y clase. Tambien se hacen toda clase de cambios y composturas, se lavan pelucas de señoras y caballeros por nuevo método, quedando la

raya tan brillante casi como si no se hubiera estrenado, por 6 y 10 rs. cada una. Se enseña á peinar señoras y toda clase de peinados á precios módicos; hay salon independiente para peinar señoras, servido por las mejores oficiales: peinado de señora sencillo, 3 rs.; idem un poco rizado por delante, 4 á 6 rs.; idem sortijillas, 4 á 6 reales; el cortar el pelo es aparte; peinados especiales á precios convencionales: se hace toda clase de rayas, tapa-calvas, tapa-coronas, por difíciles que sean, imitando al natural, trencillas para sortijas, pulseras, cuadros y cuantos adornos de pelo deseen los señores que gusten favorecer estos establecimientos.

ADVERTENCIA. En dichos establecimientos se encuentran toda clase de novedades de moda en peinados de señora, como en adelantos pertenecientes al ramo de peluquería, por ser una de las primeras casas en España de su clase. Se reciben toda clase de encargos, tanto de perfumería como de peluquería, y se remiten á provincias con la exactitud que tiene acreditada. Los señores peluqueros encontrarán toda clase de artículos necesarios del arte, tanto en cintas, rayas, elásticos, puntas y pelo, con una rebaja considerable como igualmente toda clase de obra hecha, al por mayor y menor.

HISTORIA POLITICA

DEL

EXCMO. SR. D. PRADEXES MATEO SAGASTA.

ESCRITA POR

D. CARLO MASSA SANGUINETI.

Un tomo de elegante impresion con un magnífico retrato en fotografía del Sr. Sagasta.

Por suscripción, 20 reales.

Fuera de suscripción, 30 reales en Madrid y provincias.

En el extranjero y Ultramar, 40 reales.

Hállase en la Administración, calle de la Madera, 11, segundo izquierda, y en las librerías de San Martín, Lopez, Bailly-Balliere, Durán, y Fe.



CHOCOLATES

DE

MATÍAS LOPEZ Y LOPEZ.

MADRID.—ESCORIAL.

Se vende en los establecimientos más importantes de España; y á fin de que no lo confundan con otros, exigir la verdadera marca y nombre.



Vapores-correos de A. Lopez y Compañía.

PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

De Cádiz los días 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana.

De Santander el día 20 para idem, tocando en la Coruña.

De la Coruña el día 21 para Puerto Rico y Habana.

De Habana los días 5 y 25 para Cádiz.

LITOGRAFIA DE JOAQUIN ISAAC.

TARJETAS EN EL ACTO.

100, 8.—50, 5.—25, 3. rs.

Esquelas y facturas á diferentes precios. Arenal, 19 y 21.—Se mandan á provincias por un real de aumento.